

Espejos en la noche

Isabel María Díaz Díaz

¿Quién? ¿Dónde? A lo largo de nuestra existencia nos planteamos estos interrogantes. De nuestro interior nace la necesidad de definiros ante nosotros mismos y los demás. En nuestros gestos y en nuestras palabras se vislumbra la inquietud de un horizonte hacia donde mirar y echar a andar. Y es que la vida contiene la metáfora de un viaje en el que nos llenamos de luces y sombras para luego desnudarnos y despojarnos de todo lo accesorio. Así es *Mascando ortigas*: un viaje hacia la identidad, en el que transitamos por siete estaciones, que representan siete estadios en la intrahistoria de Pina, la protagonista.

Pero en el transcurso de ese viaje, Pina se pierde al cubrir el pasado con un velo de olvido. A pesar de ello, su memoria sigue viva, empuja por salir a flote, y de esta pugna brota el conflicto con el que Itziar Pascual nos atrapa, porque se trata de un conflicto que nos toca de lleno a cada mujer y cada hombre, ya que en algún momento de nuestra vida nos ha traspasado. El teatro de Itziar Pascual es un teatro de la emoción, de la identificación, por eso en *Mascando ortigas*, el público tiene la sensación de que una mano penetra en lo más recóndito de su ser y agita ese interior hecho de agua. Como espectadores, cruje algo dentro de nosotros semejante a un estallido de espejos, y es que lo que se fragmenta es la intangibilidad del yo. Pero digamos que ese es el resultado: la identificación del público con la escena. Sin embargo, para llegar ahí, hemos pasado por una serie de peripecias que han obligado a la protagonista a exponer su ser ante su propio círculo de espejos, que no es otro que su existencia a través del tiempo. Un tiempo que se convierte en el detonante del conflicto interior.

Dos personajes se desenvuelven por la escena, pero dos personajes que son uno a distintas edades: Pina Niña y Pina Mujer. Ese desdoblamiento de la protagonista lo provoca la escisión entre el ser (o deseo) y el deber (o subsistencia), porque Pina Mujer ha llegado a un punto en su vida en el que el horizonte de los sueños se trunca, y el presente se viste con el uniforme de una cotidianidad gris. Al comenzar la obra, Pina Mujer tiene treinta y siete años y ha regresado a la casa de sus padres, es decir, de repente se precipita sobre su pasado, y es en la casa familiar donde despiertan sus recuerdos, pero la memoria viene de la mano de Pina Niña: ella misma a los siete años. La anagnórisis irrumpe con fuerza. Ambos personajes se encuentran y al hacerlo se rompen los límites temporales. Gracias a ello, Pina Mujer puede verse y reconocerse, de ahí que hablásemos de ese efecto de espejo. Pero, también, a lo largo de la obra Pina Mujer tendrá que hacer el ejercicio de madurar sin traicionarse.

Asimismo, esa anagnórisis viene preñada de humor. El susto de Pina Mujer al descubrir a Pina Niña provoca la sonrisa del espectador, lo que se traduce en la habilidad de la autora para manejar situaciones. Una habilidad que se dejará sentir a lo largo de la obra en acciones milimétricamente medidas, en las que la acotación aporta un toque justo: se complementa con los signos verbales y no subraya.

La dramaturga escoge la noche como marco de la acción. Es el momento idóneo para que esa metamorfosis se lleve a cabo. La noche trae implícita la intimidad y la transgresión, y con ello el misterio, lo imprevisible y la vulnerabilidad. Si a esto añadimos una tormenta, inmediatamente el presagio se cierne sobre la escena, porque las tormentas son fenómenos meteorológicos inmensos, potentes, que representan a la naturaleza en su estado salvaje. Las tormentas son los mensajeros portadores de

augurios e inquietan con su luz centelleante y huidiza. Por consiguiente, clima mágico que alberga el insólito hecho de borrar las fronteras del tiempo.

Por otra parte, el espacio escénico se simplifica en la utilización de elementos: una mesa y un ciclorama. La economía en la escenografía y el utillaje implica concentrar la atención del público sobre la acción. Pero la desnudez del espacio se complementa con la riqueza del contenido. Ambos están estrechamente unidos y, de este modo, hallamos la categoría de lo poético en la presentación espacio-temporal. Podemos decir que lo poético es el espacio libre de la imaginación no sujeto al tiempo y, por tanto, el terreno fértil para la imaginación. Por eso la autora sitúa la acción «debajo de la mesa», porque ahí la realidad pierde sus contornos, se diluye y hace que todo sea posible. Igualmente sucede con el tiempo: «entre una noche de final de verano», «bajo la tormenta». Esto es: un refugio para el espíritu.

Lo poético se desliza sutil y omnipresente no sólo en el espacio y el tiempo, sino en los signos kinésicos y en un lenguaje verbal acorde con la teatralidad. Pues si por algo se caracteriza la dramaturgia de Itziar Pascual es por su pulso firme en el manejo de lo poético y, como decimos, este recurso formal revierte en el contenido, de ahí que podamos hablar de una estética tanto del significado como del significante. Asimismo, la autora imprime el carácter diferenciador de su escritura en el hecho de ser ésta una dramaturgia construida desde una perspectiva femenina.

Itziar Pascual deconstruye los estereotipados modelos femeninos para potenciar una hermenéutica de lo femenino. Así, en las protagonistas de *Mascando ortigas* hallamos una complementariedad, que se traduce en la construcción de una mujer que a veces tiene contornos muy definidos y otras profundas simas, su identidad no es uniforme sino rica en matices. Si unimos los trazos con que la autora describe a Pina Niña con los de Pina Mujer, el resultado es una mujer intuitiva, imaginativa, inteligente, afectuosa, cargada de experiencias muy contrarias. No es una heroína, sino una luchadora a la que le escuecen las heridas. Su mundo interior está en abierta confrontación con el exterior, y las derrotas la marcan por debajo de la piel. De ahí que, desde niña, busque la salida en el arte. Pina Niña quiere ser bailarina y lo consigue, pero las bailarinas son etéreas, ligeras, están en el aire como las hojas que lleva el viento. Pina es así: «delgada, pálida, algo tímida e introvertida». Su mundo interior es de una riqueza tan grande que choca con la cotidianidad, por eso busca el refugio en el teatro. Ella misma lo dice y lo repite a lo largo de los años: «me gustan los teatros». Lo cierto es que ama los teatros, porque son lugares en los que se realiza como ser humano, y allí no siente que le usurpan la existencia. En el mundo exterior, en esa cotidianidad gris, Pina desea ser invisible, y esa lucha interior la llevará a dejarse arrastrar por corrientes que le hagan perder su identidad: se repliega sobre sí misma. Sus grandes pies siempre la traen de vuelta a la realidad. Sin embargo, para luchar contra esa autodestrucción está Pina Niña desafiándola, recordándole sus miedos y sus debilidades, enfrentándola y enfrentándose a sus circunstancias para ocupar el lugar que le corresponde en la sociedad. Pina se reencuentra con otras mujeres: su madre, la maestra y la vecina. Todas ellas muy diferentes y de todas ellas se nutre.

Pina es un personaje con las emociones a flor de piel. En un momento de su vida, Pina Mujer ha tenido que tragarse sus palabras, sus sueños, sus emociones, y se ha convertido en antropófaga de sí misma: masca la amargura de sus propias emociones, aquellas que un día extendieron sus alas a la vida y hoy están heridas. No obstante, su interior permanece inmutable: transparente y libre de rencores. Sus gestos y sus palabras se cargan de significado:

PINA MUJER. - (*Muestra las manos vacías*). No quiero hacer daño.

Pero, a pesar de la derrota, en ella sigue latiendo ese espíritu de lucha, por eso se detiene, contempla y reflexiona. Entonces es la memoria la que la impulsa a través de Pina Niña. Surge un conflicto entre ambos personajes: Pina Mujer ha venido a vender el negocio familiar, un restaurante, y Pina Niña se opone desde su postura infantil:

PINA NIÑA. - Eres mala. Eres oscura. Haces daño.

En esta postura y en su réplica se esconde una lectura profunda, engarzada a ese conflicto interior, porque el restaurante representa la memoria que Pina Mujer debe rescatar del olvido para no esconderse bajo las sábanas del miedo, o entre la noche o bajo la mesa...

A lo largo de la obra Pina se va expresando por medio de signos no verbales, y así Pina Niña se va dibujando dentro de un círculo, círculo de alambre construido por los guardianes y guardianas del patriarcado, un círculo que romperá junto a Pina Mujer cuando la catarsis esté madura. Ese proceso de purificación se hace posible por la voluntad y el espíritu de lucha, por querer enfrentarse a la vida.

Mascando ortigas es una obra de la que emanan algunos de los grandes interrogantes que afectan a la existencia de los individuos: quién soy, dónde estoy, adónde voy... Además, tiene el acierto de poner en diálogo a distintas generaciones, lo que permite romper las barreras de la edad, haciendo posible la comunicación y el crecimiento personal. En definitiva, este es un teatro que toma la senda de vida, y que mira a los ojos del público.

Isabel Díaz (Almería, 1968). Escritora y dramaturgista. Doctora en Filosofía y Letras (Filología) por la Universidad Autónoma de Madrid. Su tesis doctoral se tituló *El teatro en Madrid durante la Transición*. En teatro ha abarcado los campos de la dramaturgia, la dirección, la interpretación, la investigación y la crítica teatral, publicando en revistas como *Acotaciones*, *Primer Acto*, *Art Teatral*, etc. También ha impartido conferencias en el marco de la RESAD (Madrid) y Casa de América. Recientemente ha estrenado *SJ. En perseguirme, mundo, ¿qué intereses?* (Teatro Cuarta Pared, Madrid, 2006). En la actualidad está realizando una investigación sobre teatro e inmigración.

29isabeldiaz@gmail.com